

ISBN 978-950-33-1739-6

**María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)**

Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino



Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinarios en el espacio rural y periurbano argentino

María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

Investigar en el campo: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino / María Laura Freyre...[et al.]; editado por María Laura Freyre; Juan Manuel Barri; Cecilia Pernasetti. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1739-6

1. Antropología. 2. Etnografía. 3. Ambiente Rural. I. Freyre, María Laura, ed. II. Barri, Juan Manuel, ed. III. Pernasetti, Cecilia, ed.

CDD 301.072



Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Desigualdad, diferenciación y dislocamiento

Relaciones políticas en torno a un Movimiento Campesino

Erika Decándido*



Imagen 1. “Estamos todos hoy acá”. **Fuente:** Decándido (2018)

Introducción

En este escrito se presentará el resultado de una de las dimensiones abordadas en mi tesis doctoral. En dicha investigación se realizó un abordaje sociológico, desde una perspectiva bourdeana, de las relaciones políticas¹ del espacio rural del noroeste de la provincia de Córdoba a partir

¹ Delimito como políticas a aquellas relaciones en las que circulan bienes materiales y/o simbólicos factibles de ser invertidos por todas o alguna de las partes en capital político.

* Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María / Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: erikadecandido85@yahoo.com.ar

de un análisis centrado en la trama vincular que se estructura en torno a dos centrales de una organización movimentista².

El Movimiento podría definirse, provisoriamente y recuperando la perspectiva del propio colectivo, como un movimiento social de familias campesinas cuyo principal objetivo es mejorar las condiciones de vida de los pequeños productores rurales a partir de la organización colectiva, como contrapartida a las consecuencias negativas de la expansión de las relaciones capitalistas en el agro.

Si bien esta organización fue el epicentro del trabajo de investigación, ni el objeto de estudio ni las unidades de análisis se restringieron a su exclusivo abordaje “como cuerpo” (Bourdieu: 2007). Por el contrario, tanto el bagaje conceptual como el enfoque del trabajo de campo acompañaron una mirada inquieta por identificar, describir y comprender las heterogeneidades de posiciones y relaciones que se producen hacia dentro del Movimiento (analizarlo “como campo”), y también las relaciones, redes y disposiciones que se producen en otros espacios sociales, en otras redes vinculares, pero que inciden en las formas que este grupo adquiere³. Fundamentalmente sobre esto último versa el presente texto.

El recorrido de análisis trazado en el trabajo de tesis dejó planteada una situación que constituye la base de la interpretación que se presentará en estas páginas: la red vincular del Movimiento no monopoliza los intercambios políticos en el espacio rural del noroeste de Córdoba. Tampoco monopoliza las disposiciones, las prácticas y las relaciones políticas de quienes lo conforman. Frente a ese hallazgo, el objetivo es poner en relación las disposiciones, prácticas y relaciones que configuran el Movi-

2 Se nominará ficcionalmente a este espacio como “El Movimiento”, aunque también utilizaré la palabra Organización para referirme a él. *Central* es la denominación utilizada por los miembros del Movimiento para referir a cada una de las seis organizaciones de primer grado que lo conforman, mediante las cuales está presente en 9 departamentos del arco noroeste de la provincia de Córdoba. El criterio de división de las centrales es prioritariamente territorial: cada una se define en relación al espacio geográfico sobre el que tiene influencia directa. Las dos centrales que conforman el referente empírico de mi tesis se ubican en los departamentos de Minas y Cruz del Eje.

3 El actor colectivo fue abordado a lo largo del trabajo a partir del principio teórico-metodológico bourdiano según el cual los cuerpos sociales tienen una doble dinámica: como cuerpo y como campo (Bourdieu, 2007). En tanto cuerpo, las dinámicas que regulan la cotidianeidad del Movimiento se encuentran atravesadas por las condiciones del campo al que dirigen sus apuestas como colectivo. En tanto espacio vincular, las relaciones que se circunscriben a este espacio se estructuran en relación a tramas vinculares que lo exceden.

miento con otras dinámicas de vinculación y articulación colectiva que se despliegan en el espacio social rural del noroeste cordobés.

Si bien el marco teórico-metodológico que respaldó la investigación incluyó herramientas de los estudios sobre patronazgo, mediación social, intercambio, reciprocidad que deberán quedar excluidas de este recorte; para el momento interpretativo que se expondrá en este artículo asumió peso preponderante el constructo teórico-metodológico que Alicia Gutiérrez (2007) desarrolla, desde una perspectiva bourdeana, en torno a la noción de “redes de reciprocidad”⁴. Esta noción refiere a espacios sociales en los cuales circulan bienes materiales y simbólicos o, para ser más específicos, capitales de diferente tipo en forma de bienes, servicios y reconocimiento.

Tomando como referencia directa el análisis realizado por la autora en su libro “Pobre...como siempre”, delimito como unidad de análisis prioritaria de este artículo aquellas dinámicas relacionales que atraviesan el espacio rural y se asientan en vínculos personalizados no horizontales y que pueden ser interpretados en términos de *reciprocidad asimétrica* (Gutiérrez, 2007). Esta categoría resulta útil para conceptualizar aquellas redes que, ancladas en el espacio rural local, se sustentan en la desigualdad entre las partes y, sobre todo, en disposiciones que reconocen (aunque no siempre legitimen) esa desigualdad como fundamento y condición de la relación.

Respaldo en esta propuesta, el entrecruzamiento, o la mutua incidencia, de dichas dinámicas relacionales con las propias del Movimiento fue abordado en su dimensión estructural (identificando que hay recursos que circulan de una a otra red, que unas y otras convergen en redes de mayor nivel, que las posiciones ocupadas en unas redes inciden en las lógicas relacionales de otras), pero también en su dimensión disposicional (reconociendo y distinguiendo principios y saberes prácticos aprendidos en relación con ciertas formas del intercambio son activadas en otros espacios vinculares).

4 Por cuestiones de espacio solo serán esbozadas aquí de manera breve y concisa las principales categorías conceptuales implicadas en la interpretación. Dado que priorizaré el componente interpretativo, quedará excluida la exposición de los fundamentos e implicancias de asumir esta perspectiva. Por el mismo motivo, fueron excluidas de este escrito las referencias empíricas directas. La delimitación temática, por su parte, excluye lo relativo a las relaciones de reciprocidad horizontal que también fueron abordadas en la tesis.

Se expondrán, en este sentido, los diferentes procesos y mecanismos mediante los que los agentes llegan a ocupar una posición específica, así como las consecuencias que estos procesos de estructuración tienen sobre las formas en que dichas posiciones son articuladas diferencialmente en la red vincular de las centrales del Movimiento.

El trabajo de campo del que derivan los resultados aquí presentados se concentró en 13 viajes que se distribuyeron entre julio de 2015 y septiembre de 2016. El universo de interacciones habilitadas durante las estadías en el lugar se desplegó fundamentalmente en torno a actividades propias del Movimiento y en estancias en las unidades domésticas de los agentes que participan de este espacio. Además de observación y registro etnográfico, se realizaron entrevistas semi-estructuradas y entrevistas etnográficas. También se analizaron documentos elaborados por el Movimiento y entrevistas semiestructuradas realizadas en el marco de otra investigación propia, durante el año 2009.

La exposición se ordena de acuerdo a tres grandes núcleos analíticos, antecedidos por un apartado preambular en el que se presentan algunas especificaciones del Movimiento y se delimita la unidad de análisis de este escrito. Para ello, se refiere brevemente a resultados de investigación cuyo tratamiento no ha sido incluido aquí, pero que respaldan esa construcción sociológica y operan como supuesto de partida de las interpretaciones aquí compartidas. En cada una de las tres partes siguientes se reconstruyen una posición de sujeto que, en términos metodológicos, no representa ni una generalización inductiva ni una descripción de situaciones concretas, sino una construcción sociológica que (con base en la articulación de datos empíricos con herramientas teóricas) permitió reconstruir “en el papel”, con fines estrictamente analíticos, posiciones específicas que ayudaron a comprender y explicar, de manera estructural, cómo sus estrategias se articulan al espacio vincular de la Organización.

En la primera de ellas atenderé a las formas en que los ideales de horizontalidad e igualdad promovidos desde el proyecto del Movimiento se tensan con disposiciones jerárquicas, presentes en esta y en otras redes de reciprocidad asimétrica desplegadas en la historia y en la actualidad del espacio social rural. A partir de esa tensión reconstruyo la vinculación entre agentes que, tomando como punto de partida sus posiciones desiguales en la estructura social y en la división del trabajo político, establecen vínculos

de intercambio que tienen a esta desigualdad inicial como fundamento y condición.

En la siguiente, trabajaré sobre procesos por medio de los que agentes con estructuras patrimoniales de capital económico y cultural inicialmente similares a las de sus co-residentes elaboran e implementan estrategias de diferenciación (sobre todo de acumulación de capital social y simbólico) que los reubican en una posición privilegiada y los habilita como líderes naturales de su comunidad local. Se tomarán en cuenta las formas en que el vínculo particular con el Movimiento consolida o deslegitima esas posiciones, así como las prácticas y relaciones que se asocian a ellas.

Por último, en el cuarto apartado, se aborda el proceso por medio del que la incorporación de *compañeros campesinos* a la Organización en la posición de *militantes* provee a algunos agentes de herramientas para diferenciarse de los otros miembros de su comunidad y convertirse en referentes legítimos del colectivo. Este proceso es interpretado en clave de dislocamiento.

El Movimiento como epicentro

El Movimiento es una organización de segundo grado que se define como movimiento social de base territorial y campesina⁵. Tiene presencia en la región desde finales de la década de 1990, y su objetivo manifiesto es “reivindicar la producción rural y la vida campesina, garantizar el acceso a los recursos, a la salud, a la educación y el derecho a la tierra. Por condiciones de trabajo más justas y una mejor distribución de las ganancias.”⁶

Si bien las estrategias políticas y jurídicas para resistir colectivamente a los desalojos y a la penalización de las prácticas en defensa de la posesión de tierras son unos de los aspectos más conocidos de su práctica, la

5 En la tesis (Decándido, 2019) he analizado y problematizado la noción de *campesinos organizados* como categoría política y como categoría analítica. Allí se plantean los alcances, los límites y las negociaciones que se produjeron en torno a esa categoría en el contexto de estudio: se da cuenta de los intercambios que se dieron entre actores académicos y locales, y del trabajo político de producción y circulación de sentidos sobre qué implica ser y presentarse como campesinos en el noroeste de Córdoba a principios del S XXI. Para ampliar puede verse lo publicado en Decándido (2021).

6 Extraído de la página web oficial del MCC: http://movimientoscampesinosargentinos.blogspot.com/2010/07/el-movimiento-campesino-de-cordoba-nace_894.html [Consulta en junio de 2022]

cotidianeidad del proceso organizativo se asienta en estrategias diversas, dirigidas a disputar recursos materiales y simbólicos que circulan fundamentalmente en el campo político (estatal y no-estatal) para movilizarlos colectivamente en el *territorio* de acuerdo a criterios y principios orientados a *generar organización*. Es decir, capaces de producir instancias colectivas de circulación y elaboración de sentidos sobre cuáles son las necesidades, las problemáticas, las inquietudes, las demandas de las familias de la región (y del sector campesino, en sentido más amplio), así como de promover, favorecer y apuntalar prácticas colectivas basadas en la autoorganización de la comunidad.

Las acciones concretas, por lo tanto, son variadas (negociaciones y gestiones para incidir en las políticas públicas para el sector; gestión de recursos de diferentes escalas estatales y de organismos no gubernamentales, elaboración, gestión e implementación de proyectos dirigidos a mejorar las condiciones de producción, de comercialización, de trabajo, educativas, culturales, de comunicación, de género; desarrollo de estrategias jurídicas para defensa del derecho a la tierra; acciones directas confrontativas, movilizaciones, alianzas y negociaciones con otros actores políticos, estrategias comunicacionales y formación política, etc.) y fueron cambiando de acuerdo a las condiciones del campo político y a las formas que asumieron las dinámicas relacionales hacia dentro del Movimiento.

Esas acciones específicas sobre el *territorio*, circunscritas a la problemática campesina en escala local, se articulan con un proyecto político que tiene como objeto la transformación social general y se encuentra asentado en la búsqueda de mayor igualdad en las condiciones de vida y distribución del poder. Sin embargo, la mediación simbólica y práctica entre ambas instancias no es automática ni autoevidente, sino resultado de un trabajo político. Si bien todas las personas que hacen parte del Movimiento son agentes de ese trabajo, no lo hacen ni bajo las mismas condiciones, ni movilizando los mismos recursos, ni con las mismas expectativas, ni en igual intensidad y perdurabilidad, ni de acuerdo a los mismos criterios morales y prácticos. Dentro de esta heterogeneidad de formas de participar hay agentes que pueden caracterizarse como “políticamente activos” y otros que se acercan más a la noción de “políticamente pasivos” (Bourdieu: 2001). Los primeros, consagrados generalmente por sus compañeros con un reconocimiento positivo, acumulable como capital político y condensado en la categoría de *técnicos* o *militantes*, ocupan una posición específica

en la red vincular de la organización. Aquella se traduce en una mayor capacidad para definir las reglas del ‘juego organizativo’ y, por lo tanto, para producir un grupo y no otro; para legitimar unas formas (y no otras) de decir, de ser, hacer dentro de los límites del Movimiento; para incidir en las condiciones de efectividad de algunas estrategias (más que de otras) de acuerdo a su ‘conveniencia’ a los “intereses del colectivo”⁷.

No obstante la fuerza centrípeta de este trabajo político, la investigación permitió también reconocer otra fuerza incidiendo, otro movimiento, otras dinámicas y otros circuitos en los que las disposiciones y prácticas políticas se producen. Una fuerza social que también incide en las formas que efectivamente asume el colectivo en estudio: la participación en el Movimiento recorta y delimita, para los agentes, un espacio de vinculación que se superpone con otras redes de relaciones que se despliegan en las comunidades locales⁸. La participación en la Organización no sustituye, no soterra las otras formas de vinculación, sino que, por el contrario, es en relación a ellas que se comprenden y explican algunas de las dimensiones de la participación de diferentes agentes en el Movimiento.

En este punto del argumento quedará claro, ya, que el Movimiento no ha sido construido aquí como exclusiva ni prioritaria unidad de análisis, sino que es abordado, más bien, como el epicentro de un espacio de relaciones que traspasa sus límites (hacia “fuera”) y desdibuja su homogeneidad (hacia dentro). Los siguientes apartados focalizan la mirada en el ‘más

7 En la tesis se trabaja en extenso las condiciones sociales del trabajo político por el cual se produce esta red vincular como un movimiento social campesino. Allí se da cuenta en detalle de las posiciones y relaciones entre distintos “tipos” de agentes. Algunas conclusiones de esa dimensión de análisis fueron publicadas en Decándido (2021).

8 Esta noción es una apropiación analítica de la categoría nativa *comunidad*, que es utilizada por los miembros del Movimiento tanto para referir a la menor unidad de co-residencia en los espacios rurales, como también a la mínima unidad político-territorial de la Organización. El adjetivo *local* servirá, entonces, a los fines de diferenciarla de la *comunidad organizada* y referirá al espacio habitado en su escala local en el contexto rural. Con esta unidad hago referencia a un espacio de relaciones circunscritas a zonas de mayor o menor extensión y complejidad, aquello que Hobsbawm llamó “pequeño mundo” y que refiere al espacio social de convivencia dentro del cual las transacciones entre las personas son sistemáticas, y se encuentran fuertemente atravesadas por la personalización del vínculo: las gentes se conocen todos entre sí (1976: 6). En términos más operativos, Alicia Gutiérrez conceptualiza estas relaciones como redes locales, en función de las cuales “se pueden organizar un conjunto de estrategias de reproducción ligadas a la organización doméstica interna de cada familia y colectivas entre los grupos de co-residentes” (2007: 182)

allá' de las fronteras del colectivo, por lo cual la estructura del argumento pone el eje en la comunidad local y toma al Movimiento como parte de un universo de relaciones que lo excede y atraviesa.

Cuando el intercambio presupone la desigualdad

A lo largo del trabajo de campo, y una vez entrenada la mirada para captar disposiciones y prácticas que se salieran, por alguna tangente, de lo posible y lo pensable dentro de las normas de reciprocidad legítimas para el funcionamiento del cuerpo-movimiento (fundamentalmente refiero a la valoración positiva de la horizontalidad como principio de regulación y simbolización de los intercambios entre agentes más o menos activos políticamente), pude reconocer y reconstruir indicios de una dinámica relacional de intercambios políticos con anclajes históricos y actuales en las comunidades locales. Estructurada en torno a vínculos personalizados, atravesados por la dimensión afectiva, la confianza, la moral, y cuya condición de efectividad es que se da entre agentes que ocupan posiciones (ubicación relacional) diferentes y desiguales, sostiene redes personalizadas de reciprocidad asimétrica que facilitan o posibilitan el acceso de las familias campesinas a recursos materiales y simbólicos que circulan en otros universos sociales.

Algunos de mis interlocutores más viejos me relataron sus memorias sobre las relaciones que sus familias o vecinos entablaban con *gente rica e influyente*. El ejemplo típico, aunque también asumía otras formas concretas, es el de la relación entre los dueños de chacras o estancias y sus puesteros o empleados, a quienes les asignaban una parcela y una vivienda dentro de su propiedad, les apadrinaban los hijos, les conseguían medicamentos, los llevaban a la ciudad en caso de necesidad, les facilitaban trámites, etc. También se remite a estos actores como quienes *estaban en la política*: en los gobiernos locales, como legisladores provinciales o incluso en instancias nacionales. En términos generales, el interconocimiento y reconocimiento, el afecto y la confianza son elementos constitutivos de estas relaciones. Se destaca la dimensión personalizada del vínculo como fundamento de la reciprocidad, asentada en el reconocimiento de la autoidentidad y en el principio de lealtad atravesado por criterios morales de evaluación del otro según el binomio bueno/malo. En términos burdamente

simplificados, es recurrente esta estructura de razonamiento: aquel que, a pesar de no necesitar nada de mí, me ayuda, merece lealtad.

En los relatos que refieren a un pasado más próximo o a la actualidad, y también de acuerdo a lo que reconstruí en las observaciones de campo, este tipo de redes de intercambio asume algunas cualidades novedosas, aunque mantiene cierto parentesco con las lógicas más antiguas. Prioritariamente, se establecen con agentes cuyas estrategias de reproducción se asientan en instrumentos que se ubican fuera de la comunidad local (como por ejemplo con Cáritas, asociaciones filantrópicas del más diverso tipo, referentes de instituciones públicas de salud, educación o desarrollo social, de ONGs, *punteros* políticos, etc.) y que son reconocidos por los residentes rurales como medio de acceso a recursos foráneos. Los intercambios que las conforman son significados habitualmente en términos de *ayuda*. En torno a ello, se movilizan disposiciones según las cuales los vínculos son significados y practicados de acuerdo a principios de reciprocidad atravesados por el respeto a la jerarquía y a la autoridad, y asentados en la lealtad y el agradecimiento.

Las continuidades abstraídas analíticamente para tipificar y caracterizar esta lógica del intercambio nos llevan a destacar el carácter vertical de estas redes asimétricas, en tanto se producen entre actores en posiciones sociales diferentes, lo cual impide que lo que circula sea un mismo tipo de capitales a modo de don y contra-don diferido en el tiempo. Por el contrario, este tipo de relaciones, como plantea Gutierrez (2007), se asienta en el intercambio de ‘cosas diferentes’⁹.

Por lo general, esta lógica de intercambio es cuestionada por los *militantes* como instancias que reproducen las condiciones de subordinación de las familias, en cuanto se estructuran con base en la construcción de un destinatario *pasivo, incapaz y necesitado*. En contraposición, desde el proyecto organizativo se proponen y promueven vínculos *igualitarios, horizontales* y contruidos con base en un sujeto activo social, económica y

9 En la investigación el análisis de estas redes se valió del concepto de “mediador”, para lo cual se articularon elementos planteados por autores como Julian Pitt-Rivers, Eric Wolf, o Robert Redfield, con la perspectiva Bourdeana. Aunque esa dimensión de análisis es parte constitutiva de los hallazgos que aquí presento, fue omitida de este artículo por las necesidades propias de la delimitación del objeto.

políticamente que, en articulación igualitaria con otros, *sea protagonista y artífice de sus conquistas*¹⁰.

Uno de los mecanismos que ilustra esta intencionalidad es la propuesta de sustitución de la noción de *ayuda* por la de *acompañamiento* para referir a las relaciones entre *militantes y compañeros campesinos* (categorías nativas que organizan la distinción entre agentes políticamente más y menos activos). Mientras que su conceptualización en términos de ayuda refuerza la visualización de las relaciones de desigualdad en las que se fundamenta la circulación, la idea de acompañamiento desplaza el protagonismo hacia 'los acompañados' y resalta el carácter provisorio y secundario de la tarea de mediación por oposición a la idea de asistencia o ayuda, que presupone una dirección unilateral de transferencia de 'algo' que unos tienen y otros no. Ya ha señalado Cowan Ros (2013) que estas operaciones simbólicas funcionan en base a su condición de eufemismos que tienden a desdibujar, ocultar o negar aquellos aspectos que son constitutivos de esta relación pero que son percibidos como ilegítimos.

Independientemente de las consecuencias prácticas y simbólicas de estas operaciones de crítica, el intercambio entre *militantes y compañeros campesinos* comparte, en términos estructurales, muchas de estas cualidades. Fundamentalmente, que puede caracterizarse como asimétrico: la posición de militante justamente presupone la previa acumulación de (por lo menos) capital político, lo que redundará en una mayor capacidad de acceso a recursos del colectivo y a la definición de los criterios para su gestión y distribución. Desde la posición de los agentes políticamente menos activos, se ofrece, a cambio de ese trabajo, reconocimiento (no pocas veces significado jerárquicamente) y el compromiso en la recreación del colectivo (lealtad al Movimiento). En segundo lugar, que se ve atravesada por la personalización del vínculo, por la dimensión afectiva y por el compromiso moral entre las partes. Por último, porque vincula lo local con otros espacios sociales y geográficos. Esto último no sólo en tanto permite a las familias de las comunidades locales el acceso a recursos exógenos, sino porque existe un entrecruzamiento sumamente significativo, en el Movimiento, entre la posición de militante, la de clase y la de foráneo¹¹.

10 En Decándido (2010) empezaba a tematizar, aunque con otros recursos conceptuales, la tensión entre las propuestas de horizontalidad y las disposiciones jerárquicas.

11 Parte relevante de los actores políticamente activos son provenientes de otros espacios geográficos y encarnan posiciones sociales desiguales a las de quienes despliegan sus estrategias de reproducción social en torno al espacio rural: son agentes foráneos (generalmente

La asimetría es, por tanto, también condición de efectividad de la reciprocidad entre estos actores. No obstante, lo distintivo de estos intercambios es el cuestionamiento de la desigualdad, la pretensión de desdibujar las señales de jerarquía y el compromiso con prácticas tendientes a desarticular sus condiciones de reproducción. Fundamentalmente, por parte de los militantes, pues lo que se pone en jaque con la evidencia de las desigualdades no es el intercambio en sí, ni su efectividad práctica para las estrategias de reproducción de las familias campesinas, sino el proyecto organizativo: la base de legitimidad de la existencia del Movimiento (y de sus militantes, claro) como expresión colectiva de un proceso emancipatorio.

Muy a pesar del constante trabajo de crítica y reflexión que se promueve desde los espacios del Movimiento, y aunque ese esfuerzo ha hecho mella en muchos de sus miembros, no son en nada despreciables las disposiciones jerárquicas que atraviesan también esta trama relacional, que la configuran en términos de espacio de intercambios asimétricos y que movilizan estrategias coherentes con este sentido práctico. Los datos relevados no son suficientes para aseverar consistentemente que la génesis social de estas disposiciones, ampliamente extendida entre los campesinos con los que pude interactuar durante mi trabajo, sea la historia de las redes políticas de reciprocidad asimétrica de la región. Lo relevante, en todo caso, es señalar que esas disposiciones existen, operan y se actualizan en estrategias de reproducción de las familias campesinas y entre las cuales se encuentran incluidas aquellas que se valen de participación en el Movimiento mediante la relación con los *militantes*.

La titulación universitaria, el capital político acumulado, las señales de clase, la condición de foráneo, el carisma (claro que no como habilidad natural, sino como disposición aprendida), la *entrega* al Movimiento (el trabajo político) son signos de distinción que -aunque muchas veces disimulados por los propios militantes- son reconocibles por sus *compañeros*

oriundos de espacios urbanos), de clase media, con trayectorias de formación profesional y de socialización política desplegadas en otros espacios geográficos y sociales (entre los cuales la universidad ocupa un lugar muy relevante), que se han instalado en la región 'por opción militante', y cuyas estrategias individuales, familiares y colectivas se encuentran fuertemente estructuradas por un proyecto político-territorial y vinculadas con apuestas en el campo político. Su caracterización se trabaja detenidamente en la tesis, y puede consultarse de manera resumida en Decándido (2021).

campesinos y movilizados en los sentidos jerárquicos que estos últimos le otorgan al vínculo.

Es importante señalar la recurrencia e intensidad de los debates que quienes conducen el proyecto organizativo tienen respecto a estos ajustes, y la constante preocupación por desarrollar ingenierías participativas dirigidas a subsanar estas distancias estructurales o, al menos, a dificultar su reproducción. Existe una multiplicidad de mecanismos puestos en marcha estratégicamente por parte de los militantes para revertir los efectos de poder que tienen estas relaciones de desigualdad (Decándido y Ruffini, 2018).

Considero que, aunque en términos políticos haya un rechazo a cualquier disposición que reproduzca y profundice esas desigualdades hacia dentro de la organización, es sociológicamente comprensible que algunos actores sean reconocidos por otros como *superiores* si tomamos en cuenta aquello que Hobsbawm (1976) describe para los “campesinos tradicionales” como “conciencia realista de su propia inferioridad”. Conciencia que, desprovista de los juicios valorativos que generalmente le endilgamos, refiere más bien al saber práctico de que las condiciones estructurales de producción no pueden ser borradas de un plumazo mediante la simple enunciación de la indeseabilidad de toda jerarquía (p. 8).

Una cosa es bregar por establecer vínculos que no generen ni profundicen desigualdades, definirlos como horizontales, construir mecanismos que disuadan de movilizar privilegios posicionales en relaciones de poder sobre otros compañeros, y reconocer el efecto político que ello genera hacia el interior de un colectivo. Otra muy diferente es afirmar, con rigor sociológico, que es posible horizontalizar, mediante el control de las modalidades de interacción o mediante operaciones simbólicas, relaciones fundadas en posiciones estructuralmente asimétricas.

Particularmente, más que enfatizar en este punto (que poco tiene de novedoso) me interesa señalar la productividad que esta asimetría tiene en la creación y recreación de la red vincular circunscrita al Movimiento. En este espacio de circulación de recursos y sentidos hay relaciones que no existirían si no fuera porque se asientan en esta desigualdad, en el reconocimiento del otro como alguien que puede mediar en el acceso a recursos que no podrían gestionarse en redes simétricas y que, muy a pesar de los principios políticos orientados a la horizontalidad, esa asimetría es constitutiva de la red vincular.

Procesos de diferenciación y distinción de algunos de los pobladores locales

Además de estas relaciones entre agentes con trayectorias sociales y posiciones estructurales desiguales, he podido reconstruir otra lógica relacional que tiene significativa incidencia en la forma en que se configura la red que conforma las centrales. Esta también se encuentra asentada en posiciones desiguales, solo que, en este caso, la desigualdad se constituye en el mismo momento de la relación: a partir de una división del trabajo que redunde en la acumulación de capital político por una de las partes. En este sentido, se podría decir que la desigualdad es menos una condición de los intercambios que una consecuencia suya.

En su libro “Pobre...como siempre” Gutiérrez analiza cómo, frente a un contexto excepcional (una inundación) que prefigura las condiciones para un proceso de trabajo comunitario, las redes de reciprocidad horizontal son activadas como principal lógica de vinculación. Concomitantemente, sucede un proceso de diferenciación/distinción de algunos de estos agentes que, a partir de la acumulación de cierto capital simbólico (reconocimiento, autoridad), llegan a ocupar posiciones de dominación en relación al resto de los vecinos. Posición que asume la forma particular de “liderazgo” definido por ella como “una suerte de capital socio-político en el ámbito de la comunidad, que no está institucionalizado como tal” (2007, p. 145) y que se encuentra fundado en el reconocimiento de la capacidad para gestionar lo común (para ordenar, para organizar, para hacer las cosas). De esta forma, la autora pone sobre relieve los procesos sociales por medio de los cuales ciertos actores ocupan, en el grupo, una posición particular que, entre otras cosas, los habilita a establecer vínculos con agentes o instituciones “por fuera” de la comunidad.

Quienes encarnan esta posición en mi caso de estudio, por lo general, son varones y mujeres de más de 40 años, con cierta disponibilidad de tiempo (garantizada por el lugar que ocupan en la división familiar del trabajo, asociadas a las etapas de reproducción de la unidad doméstica, a sus condiciones laborales, experiencias de migración, etc.) para dedicarse al despliegue de estrategias que no se restringen directamente a la reproducción material de la vida. Sus procesos de socialización política no se acotan al paso por el Movimiento, y presuponen la adquisición de competencias que en ocasiones son incluso ilegítimas en relación a los

principios ideológicos movilizados en ese espacio. Suelen estar especialmente dispuestos a dar testimonio o a asumir el rol de portavoces de algún colectivo frente a aquellos que convocamos su relato. Habitualmente se presentan discursiva y pragmáticamente como vecinos que disfrutaban y acostumbran a *trabajar desinteresadamente para la comunidad* aún desde antes –y más allá– de la Organización.

Su capital simbólico se funda en la meritocracia legitimada en el sacrificio y en el saber hacer (Gutiérrez, p. 2007) aprendido a lo largo de su trayectoria de socialización política, generalmente *autodidacta*, a partir de *hacerse cargo* de cuestiones que competen a la comunidad (tales como juntar fondos para cooperadoras, organizar rifas, establecer vínculos con *punteros*, organizaciones partidarias, ONGs, iglesias, etc.) y que les permiten acceder a recursos. La obtención de recursos materiales para beneficio personal directo no es lo primordial. Por el contrario, al “gestionar para la comunidad” acumulan fundamentalmente capital social, simbólico y político (estos tres como parte de una compleja dinámica de reconversiones) que los ubica en una posición particular en las redes que entablan con sus vecinos.

Estos capitales son inescindibles de la destreza del líder que consiste en la habilidad (socialmente adquirida) propia de un saber hacer, un saber moverse que, conjugado con un *estar comprometido con la comunidad*, les permite ocupar el lugar de intermediarios. Posición que no es más ni menos que un lugar jerarquizado en un espacio social ordenado a partir de la división del trabajo por lo común. Desde esta posición participan de redes de reciprocidad indirecta especializada entre la comunidad local y actores vinculados a espacios sociales en los que se disputan y distribuyen recursos.

Las tareas que hacen por y para la comunidad son la fuente principal de su capital social-simbólico y del capital-información en el que asientan su posición relativa. Estas prácticas, por su parte, se encuentran reforzadas por su asociación con representaciones que las hacen aparecer como desprovistas de interés y que, mediante esa operación simbólica, son significadas como *entrega*, *generosidad* y *desapego* del actor particular en beneficio del colectivo. Representaciones que se traducen en capital simbólico y que asumen la forma de reconocimiento, condición necesaria para legitimar el papel de representantes y portavoces en el momento de gestionar recursos en las relaciones con los agentes que controlan su dis-

tribución directa o que tienen incidencia en la definición de los criterios de dicha distribución.

En todos sus niveles, los vínculos que componen estas redes se encuentran atravesados por lazos personalizados (que pueden ser directos o indirectos) en los que se movilizan capitales sociales de tipo vecinal, de parentesco, de amistad; que están fundados en el conocimiento de la persona, y se encuentran ligados indisociablemente al individuo por sus “cualidades” y atributos” intransferibles. A su vez, estos atributos habitualmente son naturalizados, disociados de las condiciones sociales de producción y atribuidas a quien las posee como si fueran capacidades innatas que los convierten en líderes “naturales” (Bourdieu, 2001).

Quienes ocupan estas posiciones cuentan, entonces, con capital simbólico, capital social y capital cultural (información), además de que manejan un saber práctico devenido de un conocimiento de las reglas básicas del juego y de cómo movilizar oportuna y eficazmente esos capitales. Ese patrimonio los posiciona desigualmente en relación con los demás miembros de la comunidad local, desigualdad que aparece desdibujada por el efecto del reconocimiento y valoración positiva de sus pares. Un reconocimiento que, en este caso, no se asienta en el respeto por lo socialmente superior sino en el respeto por un igual que *hace cosas por y para todos*.

A diferencia de la lógica vincular que caractericé en el punto anterior, en este caso las estrategias de inauguración y sostenimiento de redes vinculares en las que ocupan el lugar de intermediarios se encuentran en la génesis de sus procesos de diferenciación y de distinción.

La identificación de estos “líderes” y el trabajo para su incorporación orgánica al Movimiento es una constante en la estrategia de los *milитantes* de esta organización. En esta estrategia se considera que aquellos actores cuentan con un acumulado de capital político que ha sido adquirido mediante el desarrollo de una diversidad de estrategias de las cuales el Movimiento no había sido parte y que, además, son movilizadas como un patrimonio personal, encarnado en su individualidad y factible de ser movilizadas, por consiguiente, de acuerdo a decisiones y estrategias individuales.

No es menor su ventaja relativa frente a los militantes foráneos (o de cualquier agente externo que pretenda establecer redes vinculares con las comunidades rurales) quienes deben dedicar parte de su trabajo político a desmarcarse de su posición privilegiada y a construir lazos personales

y de confianza con los residentes rurales. Estos líderes locales tienen la ventaja de contar con una trayectoria de co-residencia que puede movilizarse en forma de capital simbólico: confianza basada en el conocimiento y reconocimiento en términos personales. No dejan de ser reconocidos y tratados, en este sentido, como *campesinos auténticos*, condición nada despreciable que, además de ubicarlos en una posición particular hacia dentro del Movimiento, puede ser movilizada en las relaciones con otros actores vinculados al campo político.

Cuando acceden a incorporarse a la red vincular de alguna de las centrales, es frecuente que dispongan su participación en la organización en la clave habitual de sus prácticas de vinculación política: asumen tareas tales como la de convocar a reuniones, coordinar horarios y movilidad con los *militantes* que *acompañan* a su *comunidad*¹², organizar y dinamizar las tareas colectivas, y gestionar recursos. También suelen ser quienes amplían las instancias de relacionamiento a familias o personas aún no integradas a la dinámica organizativa. Por lo general, se adjudican tareas de representación y participan o han participado (más o menos sistemáticamente) de instancias de organización que exceden el espacio de su comunidad (referentes de algún equipo de trabajo y/o de toma de decisiones a nivel provincial, nacional o internacional) donde asumen una posición de representación de algún colectivo (ya sea de su comunidad o incluso de grupos más amplios).

Estas instancias contribuyen a la consagración de estos actores que, asumiendo lugares funcionales al proyecto político del Movimiento, encuentran ocasión de demostrar quién se es, cómo los demás los reconocen y, con ello, de institucionalizar (y fortalecer) su posición frente a sus co-residentes.

En ambos casos, las prácticas asociadas a las tareas en la Organización no suelen ser estructuralmente diferentes a aquellas que se desplegaban y despliegan en las redes vinculares articuladas con otros actores: tanto en un caso como en otro, estos actores se autorreferencian como quienes – antes y durante, dentro y fuera del Movimiento– *ayudan a resolver los problemas de su comunidad*. En este sentido, los criterios de reconocimiento de los líderes locales no siempre coinciden con los propuestos para ellos por

12 Una de las tareas principales de estos actores es la de favorecer, garantizar y fortalecer la dinámica organizativa en cada una de las *comunidades organizadas*, así como la vinculación de estas unidades con la central a la que pertenecen y con el Movimiento a nivel provincial.

los militantes. Sus prácticas, y los sentidos que circulan en torno a ellas, no se encuentran exclusivamente mediadas por los principios y lógicas propias de aquellas valorizadas positivamente por el proyecto hegemónico del Movimiento.

De hecho, estos actores generalmente sostienen relaciones con otros mediadores y se siguen articulando a redes que exceden la del Movimiento, sin que esta superposición de canales de circulación de recursos y de gestión de beneficios sea concebida y problematizada por ellos como contradictoria. Esta diversificación de estrategias vinculares funciona complementariamente en cuanto contribuye a un mismo fin: canalizar recursos o garantizar mejores condiciones para la reproducción social de los vecinos de la comunidad, y a la vez reproducir la posición que estos líderes locales ocupan en ella.

Desde el punto de vista político-estratégico del Movimiento, la intención de incorporar a estos agentes a la red vincular de las centrales se basa en el supuesto (por cierto, basado en un reconocimiento de su posición social específica) de que manejan un conocimiento riguroso de las reglas de interacción propias de su comunidad. Pero también en la pretensión (esta sí, no siempre cumplida) de que esa posición de liderazgo puede ser reconvertida (mediante el trabajo de formación política) a la de *referente orgánico* del Movimiento, la de *militante* que se apropie y represente el proyecto hegemónico del colectivo.

Analizado esto en términos de expectativas de reciprocidad, podría decirse que se espera que, a cambio del reconocimiento extra que les da su posición en el Movimiento, transfieran su capital simbólico al colectivo. Que, como dijera Bourdieu (1988), se entreguen incondicionalmente al aparato que los consagra (p. 170).

Sin embargo, el hecho de que no le deban a la Organización sino una parte de su capital simbólico, los ubica en una posición particular que los libera del compromiso de cumplir con ciertas “lealtades” y compromisos. Los exime de la presión de desdibujarse en ese proyecto. Por un lado, no están obligados a representar la voz oficial del Movimiento (de hecho, en muchas ocasiones no lo hacen). Por el otro, no están condicionados a restringir sus estrategias a esa red vincular (tampoco lo hacen). Esta posición ambigua es fuente de constantes tensiones e incertidumbres en relación con los militantes que, a la vez que los reconocen como portadores de un capital simbólico insustituible, pretenden que ese capital sea transferido

completamente al colectivo-Movimiento para, de esa forma, extender el alcance de la representación legítima de los campesinos de la región.

En términos concretos y generales, se espera que quien ocupa posiciones de mayor responsabilidad promueva, a partir de las ventajas relacionadas a ese lugar, el crecimiento cuantitativo y cualitativo de los vínculos en función de esos principios programáticos. Si se hace provecho de esa posición para producir o reproducir lógicas que puedan evaluarse como contrarias a dichos principios (para beneficio personal, para acumular poder, para desarticular los vínculos que sostienen la lógica organizativa, para cuestionar los principios de legitimación de las prácticas y relaciones) se desencadenan desajustes que pueden tomar la forma de discusiones, sanciones, rupturas y hasta desvinculaciones.

A pesar de esto, no siempre los líderes locales cumplen con las expectativas de asumir los principios éticos y prácticos del proyecto del Movimiento, delegar su capital simbólico al colectivo y renunciar (o subordinar a un segundo plano) sus otras prácticas políticas a las vinculadas con este espacio. Sostener esta condición de “ambigüedad” no es tarea sencilla, ya que supone el riesgo de ser sancionados o desvalorizados, de perder la cuota de capital simbólico que obtienen de la Organización, de ver socavada su legitimidad hacia dentro de este colectivo y debilitada su posición. Aquí se evidencia una diferencia estructural de poder entre quienes tienen mayor capacidad de definir las reglas del juego de este campo y quienes, para cuestionarlas, deben poner en riesgo su posición.

Frente a estas condiciones, los líderes locales se ven obligados a un esfuerzo extra en comparación con los *milитantes*, ya que precisan construir una imagen de sí acorde a las expectativas legítimas que circulan en el espacio. Para ello, deben aprender a identificar y gestionar lo que puede ser mostrado y lo que no; lo que puede ser dicho en cada espacio, lo que debe ser silenciado, lo que puede mezclarse y lo que debe permanecer separado. También en estos tabúes se sostienen –y se ven amenazadas– estas reciprocidades.

La gestión de estas situaciones es uno de los principales obstáculos con los que se encuentran los *milитantes* en el trabajo de promover transformaciones en las prácticas y los valores de quienes conforman el Movimiento. No sólo porque a partir de ello se generan escenarios conflictivos que dificultan la sostenibilidad de algunas relaciones. Sino porque allí se expresan de forma radical los límites estructurales de un supuesto fundan-

te de las relaciones de militancia: el de que la formación política cambia las conciencias, que inaugura un proceso irreversible de transformación subjetiva y objetiva de los *compañeros* capaz de desarticular otros móviles de la conducta (como los intereses personales) u otras lógicas relacionales reproductoras de relaciones de desigualdad. Ese desajuste señala, una vez más, los límites que tiene ese proyecto político para monopolizar los sentidos y las prácticas de representación legítima de la población y sus intereses.

No obstante, considero menos relevante señalar las condiciones de eficacia y los límites de la violencia simbólica (implicada en este como en cualquier proceso de formación política) que reconocer las repercusiones prácticas que ello tiene en la lógica relacional entre *militantes* y líderes locales, lógica en la cual se ponen a jugar expectativas desajustadas con las condiciones estructurales de los términos de la relación.

¿Cómo es posible incorporar coherentemente, bajo el paraguas del proyecto de transformación social hegemónico en el Movimiento, a agentes cuyas posiciones sociales se encuentran justamente asentadas en relaciones que lo trascienden y que muchas veces son contradictorias con esos principios? Pretender que renuncien o subordinen al proyecto colectivo la reproducción de aquellas relaciones y disposiciones sobre las cuales consiguieron ocupar una posición diferencial en relación a los demás miembros de la comunidad local implica desconocer (o cuestionar) el peso estructurante que tienen los mecanismos que siguen operando en estos espacios de vinculación a pesar de las transformaciones producidas por la presencia de la Organización en ellos. Es evidente que el tránsito por espacios como el Movimiento no garantiza la desarticulación de lógicas capaces de boicotear y desestabilizar el proyecto político que, aunque hegemónico, requiere ser recreado y reconfigurado constantemente en diálogo y disputa con estas otras fuerzas sociales que también lo constituyen.

El Movimiento como génesis de un dislocamiento. Los referentes campesinos

Para el desarrollo de este último punto tomaré como eje expositivo una posición de sujeto que denominaré “referentes campesinos” y que refiere a agentes de las comunidades locales (es decir, cuyas trayectorias sociales se encuentran ancladas primordialmente a la residencia en el espacio social

rural) que han transitado un proceso de socialización política estrechamente vinculado al proyecto del Movimiento y que, a partir de ello han acumulado capitales que incidieron en su reposicionamiento social general y, en particular, en una redefinición del lugar que ocupaban en sus comunidades de origen. A diferencia de aquellos que ocupan la posición de líderes locales, la posición de estos agentes se asienta prioritariamente en un proceso de acumulación de capitales (cultural, simbólico, social) estrechamente asociado al proyecto político de la Organización.

Así como en el caso anterior señalé que desde el Movimiento se desarrollan estrategias de identificación e incorporación de los líderes locales que pretendí caracterizar, aquí me detendré en otra estrategia que está dirigida a las posiciones de sujeto que se abordan en este punto y que, si bien incide de manera diferente en las dinámicas locales, es complementaria y se encuentra articulada con las primeras: la *formación de cuadros*.

En un trabajo sobre un movimiento social rural brasileiro, Guedes (2006) analiza cómo, mediante cursos de formación política y desde una intencionalidad materializada en la formación político-pedagógica, se busca difundir la “identidad militante” y posicionarla como la forma legítima de ser líder en los movimientos sociales. Estos espacios generalmente procuran producir subjetividades revolucionarias, por lo que el tránsito por estos dispositivos de formación resulta ser una oportunidad de acumulación de capitales que son valorados positivamente hacia dentro de los espacios organizativos.

A diferencia de los líderes locales, la posición de referente campesino es ocupada generalmente (aunque no exclusivamente) por jóvenes que no contaban con una trayectoria de socialización política ni con capitales reconvertibles en el campo político local antes de empezar a participar de espacios vinculados al Movimiento. Si no tenían capital político para intercambiar en esa red vincular tenían, en cambio, energía y predisposición para dedicarse al cumplimiento de tareas diseñadas y planificadas específicamente por la Organización: un *habitus* compatible con la lógica de un espacio que demanda una entrega que sobrepasa el cumplimiento de tareas puntuales, que exige un compromiso activo por la recreación continua del proyecto ideológico y que, con ello, compromete a los sujetos en una ética de la militancia que atraviesa la integridad de su vida y sus relaciones.

Hemos podido reconocer que no todos los *habitus* se encuentran dispuestos hacia la *ilusio* que estructura este juego. Sin embargo, cuando esta correspondencia se da, las posibilidades de transformación subjetiva son vastas y su efectiva realización modifica radicalmente la vida de estas personas, al tiempo que renueva las esperanzas colectivas de un cambio posible. Son actores que tienen para ofrecer un elemento fundamental para la recreación del grupo como tal, para la reproducción de un espacio colectivo articulado: “le ven el interés”. Son capaces de depositar en el proyecto organizativo su placer, su afecto, sus intencionalidades, su tiempo. Green y apuestan a los principios hegemónicos en torno a los cuales se estructura el colectivo y contribuyen, de esa forma, a reforzar la lógica del juego. Eligen ocupar un papel activo en esa tarea.

En este sentido, son actores imprescindibles para la legitimación del proyecto colectivo porque, socializados políticamente por y para la Organización, son garantía de organicidad. Eso es lo que convierte al *campesino con conciencia de sí* en un actor tan atractivo para los cientistas sociales, y en objeto de admiración y deslumbramiento de quien apuesta por un mundo más justo e igualitario. Considero que escribir sobre sus condiciones sociales de producción de estas posiciones es, por ello, un poco más difícil y un poco más necesario.

En esta apuesta se comprometen las fibras más íntimas de las sensibilidades. Los procesos de formación política se encuentran íntimamente atravesados por relaciones personalizadas y mediadas por el afecto. Incluyen una amplia diversidad de experiencias que no prescinden de –pero que tampoco se agotan en– la participación en cursos o talleres, en acciones y eventos públicos; la asunción de tareas y responsabilidades; la ocupación de posiciones de representación, de movilización. En primer lugar, porque, como he escuchado repetidamente en el campo, *todos los espacios de la organización son de formación*, pero también porque estas experiencias están atravesadas por lazos afectivos que tienen una especial intensidad y se sostienen en una red vincular de base ideológico-afectiva –en términos de Cowan Ros y Arqueros (2018)– constitutiva del Movimiento.

En la combinatoria de esas experiencias a lo largo del tiempo se alternan y articulan una variedad de aprendizajes y elementos inmateriales que impactan en su socialización política: saberes prácticos y técnicos, principios éticos, vínculos emocionales, saberes teóricos y posibilidad de ampliar el universo de interacciones mediante las *salidas*. Aquellos inciden,

modifican integralmente la vida de estas personas en el mismo momento en el que aprenden a hablar el lenguaje del movimiento social y adquieren conocimientos prácticos imprescindibles para jugar el juego político. Esta disposición emocional configura subjetividades sensibles a las apuestas prácticas que son requeridas para hacer parte de este campo.

Sin embargo, estas condiciones no son suficientes para garantizar la reconversión de estrategias, ya que la disponibilidad de energía requerida para reproducir la organización interfiere con aquella que demandan las tareas dirigidas a la reproducción de la unidad doméstica. Esta tensión se ve atravesada por las condiciones laborales, por la lógica de división familiar del trabajo y por el momento particular en la trayectoria de la unidad doméstica. Tener disponibilidad de tiempo y posibilidad de dislocarse más o menos constante y/o permanentemente es un aspecto que varía de acuerdo a las etapas de la unidad doméstica y al lugar que el agente ocupa en ella.

Este desajuste es, no obstante, una preocupación que se asume colectivamente y que procura garantizarle, a quienes deciden apostar a la militancia, condiciones más favorables para que puedan hacerlo. Para ello se despliegan estrategias tales como la remuneración de las tareas dedicadas a la organización, la procura de convergencia entre la actividad laboral rentada y actividades que promuevan proyectos colectivos (empleos públicos o tareas rentadas –no pocas veces en condiciones de precarización laboral– en los diversos programas o proyectos de salud, educación, productivos gestionados por medio del Movimiento). El dislocamiento físico hacia los lugares en los que se desarrollan las actividades de la Organización también es motorizado y sostenido generalmente con recursos de las centrales. Estas estrategias desplegadas para garantizar, o al menos favorecer, la disponibilidad para la participación en tareas de la organización deriva en una especie de profesionalización de la labor de militancia (Cowan Ros, 2013).

El acceso a recursos gestionados por el colectivo no es un fin en sí mismo, sino un medio que presupone y posibilita un giro significativo en sus estrategias de reproducción, una reconversión en el sistema de estrategias que repercute tal vez menos en el volumen de capitales que en su composición relativa. Esta reconversión consiste en el redireccionamiento de las estrategias de reproducción hacia la acumulación de capital político (el capital militante, en sentido más estricto).

Estas estrategias colectivas contribuyen a garantizar unas condiciones materiales básicas y a disminuir las distancias con aquellos que tienen una posición social más favorable (fundamentalmente con los militantes foráneos). Al mismo tiempo, generan desigualdades hacia el interior de las comunidades rurales en la medida en que contribuyen a producir un proceso de diferenciación de estos agentes que, con la asunción de tareas colectivas remuneradas, acceden a la vez al capital económico y a un capital simbólico (por su condición de representantes legítimos del colectivo) que los repositiona en relación a sus co-residentes.

A su vez, la reconversión implica hacer apuestas y ocupar posiciones en ámbitos que no son habituales en el sistema de estrategias de sus vecinos, de sus co-residentes. Es en este sentido que señalo un dislocamiento: un cambio significativo del espacio social en el que se despliegan las estrategias de reproducción, y también dislocamiento en el sentido en que utiliza esta palabra Delma Neves (1997), como nuevo modo de vida que presupone una “resocialización” para la ocupación de esas nuevas posiciones (p. 250).

Como afirma Bourdieu, las estrategias de reconversión que presuponen reorganizar una forma de capital en otra más rentable o más legítima dependen de la posibilidad objetiva de ganancia ofrecidas a sus inversiones en cierto estado de los instrumentos de reproducción y del capital que han de reproducir (2014, p. 135). En este sentido, la existencia y el sostenimiento de estos espacios organizativos y el desarrollo de estrategias colectivas para garantizar el rendimiento del capital político de las familias que apuestan a su acumulación, se vuelve condición estructural para la efectividad de esas estrategias. Esto explica también, en parte, que aquellos agentes que encuentran oportunidad de acumular capital militante contribuyan y se comprometan fuertemente a reproducir las condiciones que posibilitan el rendimiento de su nueva estructura patrimonial.

Dado que el dislocamiento se encuentra estrictamente asociado a la red vincular del Movimiento, la legitimidad de las posiciones de estos agentes es indisociable del colectivo, al que le deben su *nueva vida*, significada como resultado y fundamento de la participación en la Organización. A cambio, a modo de reciprocidad indirecta, ofrecen el compromiso con la expansión de los efectos transformadores de ese proyecto y con su reproducción. Ponen a disposición su cuerpo y energía para la constante y cotidiana recreación del proyecto político, a la vez que aseguran la adhe-

sión a estos principios y se comprometen éticamente con ellos. Devienen *militantes*.

Con ello contribuyen a legitimar unas prácticas, una ética, una trayectoria y una forma de participación en detrimento de otras. En ese movimiento atraen nuestras miradas, interpelan nuestras inquietudes, nos conquistan. Porque son percibidos como la práctica y el discurso correcto en el cuerpo correcto, expresión singular de una transformación social que aparece como real, como posible. Es bastante fácil construirlos, incluso utilizando herramientas sociológicas, como objeto de deslumbramiento y romantización, y enaltecerlos en el filo de esa cúspide que es la idealización. En ese lugar son convertidos en objeto de admiración que solo será reconocido en la medida en que contribuya a recrearnos las esperanzas. En ese lugar están condenados, por los mismos que los idealizamos, a la inmovilidad e inflexibilidad, a mantener un equilibrio que evite caer en el desprecio. O, peor, en la invisibilidad de la que salieron.

Conclusión. El después del análisis

En el espacio rural de los departamentos Minas y Cruz del Eje conviven distintas instancias de circulación de bienes materiales y simbólicos factibles de ser reconvertidos en capital político. Muchas de ellas se articulan, en algún punto, con el Movimiento: lo exceden, al mismo tiempo que lo configuran como tal. En este artículo presenté tipificadamente tres dinámicas vinculares que se intersectan con la red desplegada en torno al Movimiento. Las tres se anclan en la comunidad local y se asientan en algún tipo de desigualdad entre co-residentes.

Dada la perspectiva asumida, se puso atención a las posiciones por sobre las interacciones, reconociendo así el peso estructurante que los lugares sociales ocupados por ciertos agentes tienen sobre sus prácticas, y atendiendo a las formas en que los desplazamientos operados en esas posiciones relativas impactan en las formas que toman las relaciones. Se asumió (y corroboró) que esas posiciones estructuran las estrategias que se ponen en juego en las redes políticas y las disposiciones a desplegar formas específicas –y diferenciales– de involucrarse, de significar y de relacionarse en el Movimiento.

Con base en esta operación analítica se reconstruyeron tres dinámicas típicas. En cada una de ellas adquieren preponderancia interpretativa

estructuras conceptuales distintas: desigualdad, para el primer caso; diferenciación y distinción, para el segundo; dislocamiento, para el tercero.

Se reconoció que hay dimensiones del funcionamiento de la trama vincular anclada en el Movimiento que solo se comprenden por referencia a un más allá, y que, concomitantemente, el análisis de los vínculos y relaciones desplegados en las comunidades rurales de Minas y Cruz del Eje debe contemplar la incidencia que sobre ellos tiene la presencia del Movimiento en la región.

Lo que pretendo aportar con este artículo al análisis sociológico de los procesos organizativos es el reconocimiento de la importancia de atender a las relaciones que las organizaciones sociales tienen con el “afuera”. Pero no solo en tanto “cuerpo-organización”, sino, fundamentalmente, a partir de observar aquellas redes políticas que sus miembros establecen más allá –y a pesar– del colectivo.

En mi caso, eso supuso descentrar la mirada de la organización como unidad delimitada herméticamente; renunciar a la tentación de asumir su proyecto político como única vara de medición de las adhesiones de quienes participan del espacio, y atender al lugar que sus miembros ocupan en diferentes niveles de redes vinculares.

Esa operación contribuyó a comprender y a explicar diferentes formas de hacer parte del Movimiento y a identificar disímiles maneras de dar sentido a esa participación y al colectivo como tal. Además, aportó elementos para entender de manera más compleja y completa los desajustes y tensiones entre aquellas expectativas que se encuentran sustentadas en los principios éticos condensados en un proyecto organizativo, y las prácticas y disposiciones que efectivamente regulan este espacio de vinculación.

En última instancia, lo que se comparte en estas páginas es una apuesta a asumir que, tras las tensiones y no adhesiones a los valores y compromisos presupuestos en los programas políticos de las organizaciones, operan condiciones sociales concretas que no admiten una explicación exclusivamente resuelta en términos de enajenación o falsa conciencia. Y que esas condiciones se encuentran estructuradas por posiciones, estrategias y relaciones endógenas a los espacios organizativos que estudiamos, pero también por su relación con posiciones, estrategias y relaciones que se configuran exógenamente, es decir, en relación a las apuestas que los agentes realizan en otros campos, redes o universos sociales.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1988). La delegación y el fetichismo político. En *Cosas dichas* (pp. 158-172). Buenos Aires: Gedisa.
- Bourdieu, P. (2001). *El campo político*. La Paz: Plural.
- Bourdieu, P. (2007) “Espíritu de familia” en Bourdieu, P. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.126-138.
- Bourdieu, P. (2014). Enclasmiento, desclasmiento, reenclasmiento. En *Las estrategias de la reproducción social* (pp. 135-181). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cowan Ros, C. (2013). Laberintos de emancipación: reciprocidad y conflicto en las relaciones de mediación entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos. *Revista de Antropología Social*, (22), 287-312. En línea en: <https://www.redalyc.org/pdf/838/83829565012.pdf> Consultado en julio de 2022.
- Cowan Ros, C. y Arqueros, X. (2018). Poner el cuerpo: emociones, saber profesional y militancia en la extensión rural. *RevIISE. Revista de Ciencias Sociales y Humanas del Instituto de Investigaciones Socio-Económicas*, (11), 15-28. En línea en: <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/article/view/189> Consultado en julio de 2022.
- Decándido, E. y Ruffini, M. (2018). ‘...Tierra con tierra, huerto. Fuego con fuego, amor...’ Organizaciones sociales, matrices de sentido y prácticas militantes en el contexto ‘posneoliberal’. *Sociales Investiga*, 3 (5), 8-23. En línea en: <https://socialesinvestiga.unvm.edu.ar/ojs/index.php/socialesinvestiga/article/view/155> Consultado en julio de 2022.
- Decándido, E. (2010). *Lo simbólico, lo político y lo social. Su confluencia en las significaciones y valoraciones sobre la experiencia colectiva en APE-NOC*. (Tesis de licenciatura no publicada). Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María.



- Decándido, E. (2019). *Un abordaje sociológico de las relaciones políticas en el espacio rural. El caso de UCOS y APENOC*. (Tesis de doctorado no publicada). Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.
- Decándido, E. (2021). Decir 'Yo soy un campesino organizado' es tu política. El trabajo de producción de una clase en el Movimiento Campesino de Córdoba. *Trabajo y sociedad*, (37), 117-134. En línea en: <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/37%20DD%208%20Decandido.pdf> Consultado en julio de 2022.
- Guedes, A. (2006). *Projeto identitário, discurso e pedagogia na constituição de um sujeito coletivo: o caso dos atingidos por barragens*. Disertación doctoral del Mestrado em Planejamento Urbano e Regional. Rio de Janeiro: UFRJ.
- Gutiérrez, A. (2007). *Pobre, como siempre.... Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra editor.
- Hobsbawm, E. (1976). *Los campesinos y la política*. Barcelona: Anagrama.
- Neves, D. (1997). *Assentamento rural: reforma agrária em migalhas. Estudo do processo de mudança da posição social de assalariados rurais para produtores agrícolas mercantis*. Niterói: Editorial de la Universidade Federal Fluminense.

